

¡Ivan Illich ha muerto!*

Josep Puig

El 3 de diciembre de 2002 murió en Bremen, a la edad de 76 años, Ivan Illich, prominente pensador crítico del industrialismo. En su memoria reproducimos un amplio resumen del artículo que Josep Puig publicó en la revista *Medi ambient, tecnologia i cultura*, núm.30, de octubre del 2001, dedicada a 'Once referentes del pensamiento ambiental' con el título *Ivan Illich: el visionario injustamente olvidado*.

Con este titular se iniciaba en *Le Monde de l'éducation* (julliet-août 1999) un reportaje sobre lo que ha significado el pensamiento de Ivan Illich en la crítica radical de las instituciones que permiten la reproducción del sistema productivista de generación de bienes y servicios.

La personalidad de Ivan Illich brilla hoy aun más que cuando empezó a publicar los resultados de sus investigaciones realizadas en el CIDOC de Cuernavaca (Estado de Morelos, México), que el mismo cofundó. En un mundo inmerso en el proceso de globalización, uniformizador y destructor de culturas, agresor de sistemas naturales y aturridor de sistemas sociales, releer los profundos y radicales análisis de Illich nos permite comprender porqué la sociedad evoluciona como lo está haciendo. Y justamente, por sus análisis radicales (por ir a la raíz de las cosas) la clarividencia de Ivan Illich se ha ido haciendo molesta para los sistemas de dominio que imperan en el planeta. Por eso, muchos mandamases de turno hacen todo lo que pueden para mantenerlo en el olvido.

Los escritos de Illich fueron traducidos a numerosos idiomas y publicados en muchos periódicos y revistas, tanto co-

merciales como alternativos. Pero en nuestro país, Catalunya, ni siquiera hemos podido leer ni uno solo de sus libros en nuestra propia lengua, aunque algunas asociaciones ecologistas catalanas propusieron su candidatura para el Premio Catalunya, con el aval de Raimon Panikkar, entre otros. En cambio, hemos podido leer algunos de sus libros en castellano: el editor Carlos Barral publicó cuatro obras de Illich en la *Breve biblioteca de respuesta* en la década de los setenta, y una editorial de Madrid publicó otra de sus obras a finales de los ochenta. En cambio, en México se han publicado todas sus obras. En el estado español fueron publicados escritos suyos en *El País*, *El Viejo Topo* (1ª época) y en *Integral* (1ª época).

* * *

Tuve la oportunidad de conocer personalmente a Ivan Illich en Barcelona, con motivo de una conferencia que impartió en el Col·legi d'Enginyers Industrials de Catalunya cuando estuvo en nuestro país, en 1980, invitado por el profesor Pere Escorsa, catedrático de economía de la Universitat Politècnica de Catalunya, y director del curso *Desarrollo industrial*, en el cual Ivan Illich participó. Posteriormente su trabajo *El derecho al desempleo creador* fue publicado en el libro *El desarrollo industrial de los 80*, que recopilaba todas las aportaciones de las personas que habían intervenido en el citado curso.

Pero para seguir su obra, me ha sido una gran ayuda el trabajo de una persona del equipo de Ivan Illich, Valentina Borremans, que dirigió durante doce años el CIDOC, y que en 1982 empezó a publicar los cuadernos de Tecno-Política, un servicio de información y de difusión de artículos referentes a tecnologías alternativas, sus condiciones sociales y sus

* Puede encontrarse más información sobre la obra de Ivan Illich en la página www-ivanillich.org.

implicaciones políticas. En Tecno-Política aparecieron muchos escritos de Ivan Illich.

¿Pero quien es Ivan Illich? Ivan Illich nació en Viena (Austria) el 4 de septiembre de 1926 en el seno de una familia de propietarios rurales. Estudió en las Escuelas Pías de la capital austriaca (1936-1941) donde fue expulsado en aplicación de las leyes antisemitas (su padre, un croata católico, estaba casado con una judía sefardí). Acabó sus estudios secundarios en Florencia (Liceo Scientifico Leonardo da Vinci, 1942). Cursó estudios en ciencias naturales (especialidad en química orgánica y cristalografía) en la Universidad de Florencia (1945-1947), al mismo tiempo que se licenciaba en filosofía (1944-1947) y, más tarde, en teología (1947-1951) en la Universidad Gregoriana de Roma. Se doctoró en Historia en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salzburgo (1951) con una tesis doctoral titulada *The Philosophical and Methodological Dependence of Arnold Toynbee*, que le mereció la calificación *summa cum laude*.

Illich había sido elegido por el Vaticano para la carrera diplomática, pero prefirió ejercer de sacerdote, siendo nombrado por el cardenal Spellman vicario de la Iglesia de la Encarnación de Nueva York, una parroquia frecuentada por feligreses de ascendencia irlandesa y portorriqueña. En 1956, Illich dejó Nueva York para hacerse cargo del vicerrectorado de la Universidad Católica de Santa María (Ponce, Puerto Rico). Su relación con esta Universidad terminó al no estar de acuerdo Illich con la prohibición, dictada por el obispo de la diócesis, de votar a un gobernador favorable al control de la natalidad.

De regreso a Nueva York, Illich fue profesor en el departamento de sociología de la Universidad de Fordham (1960-1983), a la vez que participó en la fundación, en el año 1961, del CIDOC— Centro Intercultural de Documentación de Cuernavaca (México), del cual fue director. Los seminarios organizados por el CIDOC (1961-1976) convirtieron este centro en una verdadera universidad informal, e hicieron que se convirtiera rápidamente en un lugar donde se analizaban los problemas del desarrollo y en un foco de difusión de alternativas a la sociedad tecnológica. En 1968, al chocar con la jerarquía eclesiástica, el CIDOC se secularizó y Illich, al cabo de poco tiempo, abandonó el sacerdocio (1969).

Profesor invitado en la Universidad de Kassel (Alemania, 1979-1981); miembro del Instituto de Estudios Avanzados de

Berlín (1981); *Regents professor* en la Universidad de California en Berkeley (1982); profesor invitado en la Universidad de Marburg (Alemania, 1983-1986), asociado al Museo Nacional de Baviera en la organización de una gran exposición sobre la historia del peregrinaje en las culturas orientales y en el desarrollo conceptual de un museo sobre la historia de la idea de la escolarización en el Bayerisches Schulmuseum (1984); profesor visitante en el Pitzer College (Claremont, California, 1984); miembro invitado del *College of Engineering* de la Universidad de California en Berkeley (1984); miembro visitante en el Instituto de Historia Italo-Germánica de la Universidad de Trento (1985); miembro de la junta de gobierno del *Dallas Institute for the Humanities and Culture* (1985); profesor invitado de humanidades y ciencias en el Departamento de Filosofía de la *Pennsylvania State University* (1986-); profesor invitado en el programa de doctorado de arquitectura de la *University of Pennsylvania* (1990-); titular de la cátedra Karl Jaspers de la *Universitat de Oldenburg* (1990-1991); profesor invitado en la Universidad de Bremen (1991-). Reside en Cuernavaca, y desde hace un tiempo, resiste frente a un tumor en su rostro.

Definir la obra y la actitud de Illich no es nada fácil. Michel Bosquet dijo de él «es un católico subversivo que contempla las sociedades industrializadas con una perspectiva de muchos siglos». El mismo Bosquet, utilizando el pseudónimo de André Gorz lo calificaba como «uno de los espíritus más subversivos del siglo», en un largo artículo que resumía el pensamiento de Illich, publicado en *Le Nouvel Observateur* el 11 de septiembre de 1972.

El filósofo alemán Erich Fromm, en el prólogo de *Celebration of Awareness*, utiliza la expresión «radicalismo humanista» para referirse a Illich. Radicalismo entendido no como doctrina sino como actitud vital. Este radicalismo, según Fromm, se basa en el lema de *omnibus dubitandum*, es decir, todo se tiene que cuestionar, y todo se tiene que someter a la crítica, pero sobre todo aquellos conceptos y postulados que se consideran inmutables y sólidamente establecidos. Aquellos que «son así, porque siempre han sido así». Humanista, porque el ser humano es el punto de partida de la reflexiones de Illich.

Ivan Illich ha dedicado gran parte de sus esfuerzos a erosionar el culto que las sociedades industrializadas profesan a determinadas instituciones: la escuela, el transporte, la medicina,... Y este trabajo se realizó en el marco del CIDOC, el Cen-

tro para Documentación Intercultural. Allí se organizaron incontables seminarios sobre las vías y los medios para evitar que en América Latina hubiera una expansión del monopolio radical de la industria y de la dominación profesional. En aquellos seminarios se exploraban las condiciones en las cuales los beneficios de la ciencia moderna podrían utilizarse de forma equitativa en una sociedad, no sólo para la gente, sino por la gente. La teorización que allí se hizo de los conceptos «ciencia para el pueblo» y «ciencia del pueblo» es básica para cualquier persona implicada en las cuestiones de la ciencia y la tecno-ciencia.

Allí se acuñó el término «herramienta convivencial» para referirse a los dispositivos, programas e instituciones modernas que permiten que la gente común genere valores de uso que la liberen de las necesidades producidas por las mercaderías comercializadas. Allí se trató especialmente la creciente dependencia popular respecto de las mercancías intangibles, o sea, los servicios. Se exploraron específicamente las vías y las maneras que la gente podía utilizar para vivir sin la diagnosis profesional y la terapia profesional de sus necesidades, necesidades como aprender, como el cuidado de la salud, como tener tutores de administración o de puestos de trabajo.

También allí se concretó qué se quería decir cuando se hablaba de «sociedad convivencial»: una sociedad donde, en el centro de la economía esté aquello que la gente crea o hace personalmente, en grupos primarios; una sociedad en la que se dé prioridad a estas actividades, que son las que la gente utiliza para determinar y satisfacer sus necesidades; una sociedad en la que se asigne valor social a las mercancías en tanto que fomentan la habilidad de la gente para generar valores de uso.

Illich mismo reconocía que «no es fácil imaginar una sociedad en la que la organización industrial esté equilibrada y compensada con modos de producción distintos y complementarios, y de elevada eficiencia. Estamos tan deformados por los hábitos industriales, que ya no nos atrevemos siquiera a considerar la existencia de una variedad de posibilidades. Para nosotros, renunciar a la producción en masa significa regresar a las cadenas del pasado, o adoptar la utopía del buen salvaje. Pero si tenemos que ampliar nuestro ángulo de visión hacia las dimensiones de la realidad, tendremos que reconocer que no existe una única forma de utilización de los descubrimientos científicos, sino al menos dos, que están contrapuestas. Una consiste

en la aplicación del descubrimiento que conduce a la especialización de las tareas, a la institucionalización de los valores, a la centralización del poder. En ella, la persona humana se convierte en un accesorio de la mega-máquina, en un engranaje de la burocracia. Pero hay una segunda forma de hacer fructificar el invento. Aquella que aumenta el poder y el saber de cada uno, permitiendo el ejercicio de su creatividad, con la única condición de no coartar esta misma posibilidad a la demás personas».

Hoy, metidos de pleno en el debate sobre la llamada globalización, y los supuestos beneficios que según dicen sus apóstoles, la mercantilización de todo lo que pasa en el mundo nos dará, es bueno recordar lo que escribió Illich: «si queremos, pues, hablar sobre el mundo del futuro, diseñar los entornos teóricos de una sociedad del porvenir que no sea hiperindustrial, tenemos que reconocer la existencia de escalas y límites naturales. El equilibrio de la vida se expande en varias dimensiones y, frágil y complejo, no transgrede ciertos marcos. Hay umbrales que no deben ser atravesados. Tenemos que reconocer que la esclavitud humana no fue abolida por la máquina, sino que solamente cambió de rostro, pues en traspasar un umbral, la herramienta se transforma de servidor a déspota. Pasado un umbral, la sociedad se transforma en una escuela, un hospital o una prisión. Es entonces cuando empieza la gran trampa. Es importante, justamente, situar donde se encuentra este umbral crítico para cada componente del equilibrio global. Sólo entonces será posible articular de una forma nueva la milenaria tríada que forma la persona humana, la herramienta y la sociedad. Llamo sociedad «convivencial» aquella en que la herramienta moderna está al servicio de la persona integrada en la colectividad y no al servicio de un cuerpo de especialistas. Convivencial es la sociedad en la que la persona humana controla la herramienta»

El trabajo de investigación crítica de Ivan Illich sobre el monopolio del modo industrial de producción y sobre la posibilidad de definir conceptualmente otros modos de producción postindustrial, lo condujo, en primer lugar, al análisis de la instrumentación educativa. Sus conclusiones fueron:

1. La educación universal mediante la escuela obligatoria es imposible.

2. Condicionar a las masas a través de una educación permanente en nada soluciona los problemas técnicos, y por eso resulta moralmente menos tolerable que la vieja escuela. Estos sistemas son instrumentos de condicionamiento, poderosos y eficaces, que producirán en serie una mano de obra especializada, consumidores dóciles, usuarios resignados. Estos sistemas tienen aspectos seductores, pero su seducción esconde la destrucción. Tienen aspectos que destruyen, de forma sutil e implacable, los valores fundamentales.
3. Una sociedad que aspire a repartir equitativamente el acceso al saber entre sus miembros y a ofrecerles la posibilidad de encontrarse realmente, debería reconocer límites a la manipulación pedagógica y terapéutica asociada al crecimiento industrial, lo que nos obliga a mantener este crecimiento por debajo de determinados umbrales críticos.

En una de las últimas entrevistas publicadas, Ivan Illich reconocía que «no había conseguido emprender una verdadera y gran reflexión sobre la educación», a diferencia de lo que había ocurrido con sus reflexiones sobre la medicina (su obra *Némesis Médica* es aun hoy, veinticinco años después de su publicación, una referencia para los estudiantes de las facultades de medicina).

Entre 1972 y 1975, Illich concentró una buena parte de su tiempo a analizar los efectos inhabilitantes respecto a la salud de un estilo de vida medicalizado. Comienza su obra *Némesis Médica* afirmando: «El *establishment* médico ha devenido el peligro más grande para la salud. El impacto discapacitador del control profesional sobre la medicina ha alcanzado proporciones de epidemia. *Iatrogenesis*, el nombre de esta nueva epidemia, proviene del griego *iatros* (médico) y *genesis* (origen). Los límites al cuidado profesionalizado de la salud son una cuestión política de interés creciente. Que sean unos límites u otros dependerá en gran medida de quien tome la iniciativa en formular su necesidad: la gente organizada para la acción política que cuestione el *status quo* del poder profesional, o los profesionales de la salud que intenten expandir su monopolio aun más. Mi argumento es que la persona profana, y no el médico, tiene la perspectiva potencial y el poder efectivo para frenar la epidemia iatrogénica en curso. La «salud» antes que nada, es una palabra cotidiana que se utiliza para designar la intensidad

con la que las personas individuales hacen frente a sus estados internos y a las condiciones de su entorno». Y acaba la obra diciendo «La salud designa un proceso de adaptación. No es el resultado del instinto, sino una reacción autónoma y culturalmente formateada a una realidad creada culturalmente. Designa la capacidad de adaptación a entornos cambiantes, a crecer y hacerse mayor, a curarse cuando se está dañado, a sufrir y a la espera pacífica de la muerte. La salud abraza también el futuro, y por tanto incluye la angustia y los recursos internos para vivir con ella».

* * *

Hoy, en pleno debate sobre la energía en Catalunya, es conveniente recordar lo que escribió Ivan Illich en 1974: « Creer en la posibilidad de altos niveles de energía limpia como solución a todos los males, representa un error de juicio político. Es imaginar que la equidad en la participación del poder y el consumo pueden crecer juntos. Víctimas de esta ilusión, los hombres industrializados no ponen el menor límite al crecimiento en el consumo de energía, y este crecimiento continúa con la única finalidad de proveer cada vez a más gente de más productos procedentes de una industria controlada cada vez por menos gente (...) Mi tesis sostiene que no es posible obtener un estado social basado en la noción de equidad y al mismo tiempo aumentar la energía disponible, a no ser con la condición que el consumo de energía por cápita se mantenga dentro de unos límites». Continúa diciendo «ahora es necesario que los políticos reconozcan que la energía física, una vez ha traspasado una determinada barrera, se hace inevitablemente corruptora del entorno social. Aunque fuera posible producir una energía no contaminante, y producirla en cantidad, el uso masivo de energía siempre tendrá sobre el cuerpo social el mismo efecto que la intoxicación por una droga físicamente inofensiva pero mentalmente esclavizante. Un pueblo puede elegir entre una droga substitutiva y una desintoxicación hecha a voluntad, pero no puede aspirar simultáneamente a la evolución de su libertad y convivencia por un lado, y a una tecnología intensiva en energía por otro.»

Los análisis de Illich sobre los valores vernáculos y sobre las actividades de subsistencia características de las sociedades

vernáculos, aplicados a interpretar la relación entre el tropiezo de un grupo de europeos con un nuevo continente (ahora hace poco más de quinientos años) y la gramática castellana de Elio Antonio de Nebrija publicada en Salamanca el mismo año del «descubrimiento» de América, son gratos de leer. En su obra *Shadow Work* muestra la complementariedad entre colonizar y descubrir nuevos territorios con mercenarios y armas, y colonizar el lenguaje vivo de un pueblo con una nueva arma, la gramática, impuesta a través de un nuevo tipo de mercenario: el letrado.

Hoy, cuando en nuestro país ya se considera el agua una mercadería más, y hay quien se plantea enviarla arriba y abajo, resulta conveniente recordar las reflexiones de Illich sobre el agua (hechas a raíz de un debate público sobre la conveniencia de construir un gran lago en el mero centro de la ciudad de Dallas y que fue la contribución del *Dallas Institute of Humanities and Culture* al debate): «Los sueños siempre han dado forma a las ciudades, las ciudades siempre se han inspirado en sueños, y tradicionalmente el agua ha avivado tanto los sueños como las ciudades. Tengo serias dudas sobre si el agua urbana puede aun conectar los sueños y las ciudades. La sociedad industrial ha convertido el agua en H₂O, una sustancia con la que el arquetipo agua no se puede mezclar (...) La historia de H₂O como sustituto del agua se puede escribir de muchas maneras. Yo la trato aquí como la degradación ingeniada de una sustancia hasta hacerse refractaria, incapaz de conducir la metáfora que nosotros y nuestros hijos necesitamos. Debo insistir en que el agua, a diferencia de H₂O, es una construcción histórica que refleja, peor o mejor, el elemento fluido del alma. El H₂O de hoy puede desentonar mucho con las aguas por las cuales suspiramos en nuestros sueños.»

No quisiera terminar esta reseña de la obra de Ivan Illich sin citar uno de los documentos más bellos y profundos que haya leído jamás. La Declaración de Hebenshausen sobre el suelo, redactada en diciembre de 1990 en Oldenburg con motivo de un homenaje a Robert Rodale, impulsor de la agricultura ecológica en los EE UU. Sirva esta declaración para recordar que hoy, esta fina piel de nuestro planeta que conforma el suelo está siendo agredida de forma grave en todo el mundo. La destrucción de suelos fértiles, a través de su envenenamiento

o de su desaparición bajo el asfalto o el hormigón, clama al cielo. Y no parece que el afán de «desarrollar» los suelos fértiles vivos que rodean nuestras ciudades y pueblos, para obtener dinero, vaya camino de calmarse, más bien al contrario. Se olvida así que la buena salud ecológica de los suelos, conjuntamente con la del agua y la del aire, forman la base material necesaria para que las sociedades humanas y las personas disfruten de bienes y servicios para mantenerse en un buen estado de salud ecológica.

«El discurso ecológico sobre el planeta Tierra, la hambruna global y las amenazas a la vida, nos exigen mirar hacia el suelo, humildemente, como filósofos. Estamos plantados en el suelo, no en la tierra. Del suelo venimos y al suelo echamos nuestros excrementos y nuestros restos. Y sin embargo, el suelo —su cultivo y nuestra servidumbre de él— se encuentra sorprendentemente ausente entre los asuntos clarificados por la filosofía en nuestra tradición occidental.

Como filósofos, exploramos lo que está bajo nuestros pies porque nuestra generación ha perdido su arraigo en el suelo y en la virtud. Al hablar de virtud nos referimos a la forma, el orden y la dirección de la acción, informados por la tradición, ligados al lugar y cualificados por las opciones practicadas dentro de nuestro abasto habitual, nos referimos a prácticas reconocidas como buenas, dentro de una cultura local compartida, que realzan la memoria de un lugar.

Hemos observado que esta virtud se encuentra tradicionalmente en el trabajo, el oficio, el asentamiento y el sufrimiento sustentados, no por una tierra abstracta, un medio ambiente o un sistema energético, sino por unos suelos particulares enriquecidos por las huellas de estas acciones. Y sin embargo, a pesar de este vínculo fundamental entre el suelo y el ser, entre el suelo y el bien, la filosofía no ha generado conceptos que nos permitan relacionar la virtud con el suelo común, una forma enteramente distinta de manejar el comportamiento en un planeta compartido.

Fuimos arrancados de nuestros vínculos con el suelo —las conexiones que limitaban la acción y que hacían posible la práctica de la virtud— cuando la modernización nos aisló de la simple mugre, de la angustia, de la carne, del suelo y de la tumba. El sistema económico en el que hemos sido absorbidos —algunos de buen grado o a la fuerza, otros a un alto coste—

transforma la gente en pequeños fragmentos intercambiables de población, regidos por la ley de la escasez.

Los comunes y los hogares son difícilmente imaginables por las personas enganchadas a los servicios públicos y almacenadas en cubículos amueblados. El pan resulta una mera sustancia alimentaria, cuando no calorías o un alimento difícil de digerir. Hablar de amistad, religión o sufrimiento compartido como estilo de convivencialidad – una vez que el suelo ha sido envenenado o cubierto con cemento- aparece como un sueño académico para la gente, esparcida al azar entre vehículos, oficinas, cárceles, prisiones y hoteles.

Como filósofos, ponemos énfasis en el deber de hablar sobre el suelo. Para Platón, Aristóteles y Galé, esto ya se daba por entendido, pero ya no es así en la actualidad. El suelo, en el que la cultura puede crecer y el maíz puede ser cultivado, se pierde de vista cuando es definido como un subsistema, sector, recurso, problema o explotación agraria –como la ciencia agrícola tiende a hacer.

Como filósofos, ofrecemos resistencia a aquellos expertos ecológicos que predicán el respeto por la ciencia, pero fomentan el menosprecio a la tradición histórica, al aroma local y la virtud terrenal, y a la autolimitación.

Con tristeza, pero sin nostalgia, reconocemos la preteridad del pasado. Por tanto, con modestia, intentamos compartir lo que vemos: algunas consecuencias de la tierra que ha perdido su suelo. Y nos fastidia el menosprecio por el suelo que observamos en los discursos de algunos ecologistas de salón. También somos críticos con algunos románticos bien intencionados, luditas y místicos que exaltan el suelo y hacen de él la matriz, no de la virtud, sino de la vida. Por lo tanto, lanzamos un llamamiento para construir la filosofía del suelo: un análisis claro y disciplinado de la experiencia y el recuerdo del suelo, sin los cuales ni la virtud ni una nueva forma de subsistencia podrían existir»

REFERENCIAS

- ILICH, I. (1969), *Celebration of Awareness*, Doubleday (Traducció castellana: Alternativas, Ed. J.Mortiz, México, 1974).
- (1971), *Deschooling Society*, Harper & Row (Traducció castellana: La sociedad desescolarizada, Barral Ed., Barcelona, 1975; Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1974).
- (1973), *Tools for Conviviality*, Harper & Row (Traducció castellana: La convivencialidad, Barral Ed., Barcelona, 1978; Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1974).
- (1974), *Energy and Equity*, Harper Torchbooks (Traducció castellana: Energia y equidad, Barral Ed., Barcelona, 1974; publicat conjuntament amb *El desempleo creador en un sol volum* per Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1974).
- (1975), *Medical Nemesis*, Calder & Boyards (Traducció castellana: Némesis médica, Barral Ed., Barcelona, 1977; Némesis médica: la expropiación de la salud, Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1974).
- et alii. (1977), *Disabling Professions*, Marion Boyards.
- (1978), *Toward a History of Needs*, Pantheon.
- (1978), *The Right to Useful Unemployment*, Marion Boyards.
- (1981), *Shadow Work*, Marion Boyards.
- (1982), *Gender*, Pantheon (Traducció castellana: El género vernáculo, Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1990).
- (1985), *H₂O and the Waters of Forgetfulness*, Dallas Institute of Humanities and Culture (Traducció castellana: H₂O y las aguas del olvido, Ed. Cáterda, Madrid, 1989; Ed. J.Mortiz, Mexicà, 1991).
- & B. Sanders (1988), *ABC: The Alphabetization of the Popular Mind*, North Point.
- (1991), *In the Mirror of the Past: Lectures and Addresses 1978-1990*, Marion Boyards .
- (1993), *In the Vineyard of the Text: A Commentary to Hugh's Didascalion*, The University of Chicago Press.

